

Al feliz Natalicio

DE LA

Serena. Sra. Infanta de España

Doña María Isabel Luisa

POÉMA

Por D. Javier de Leon Biedicho.



Madrid: noviembre de 1830.

IMPRENTA DE DON LEON AMARITA,
PLAZUELA DE CELENQUE.

Poema.

Pacatumque reget patriis virtutibus orbem.
VIRG. ECLOG. 4.^a

I.

Mágico don del genio es la Harmonía,
Que fingiendo las glorias del deseo
Ciertas, á la inflamada fantasía,
Vierte en el corazon blando recreo:
Noble, cuando á la lid los bravos guia,
Animando la trompa de Tirteo:
Divino, si alza á Jove el himno santo,
Y el águila á sus pies se aduerme al canto.

:

II.

Mas cuando de modesto lirio ornada,
Que al margen del raudal límpido crece,
Ante un angel naciente embelesada,
Su cuna en sonoro arrullo mece;
Si humilde al genio altivo desagrada,
Al amor maternal dulce embebece;
Y tal vez una perla, al eco, brilla
De la amable Ternura en la mejilla.

III.

Ternura, que en el alma derramando
Bálsamo celestial, como en las flores
De la temprana Aurora el lloro blando,
Suple del Arte brillos y colores:
Que si consuela al Prócer en el mando;
Bonancible tambien á los Pastores,
Hizo, al albor de un astro prometido,
Dignas las selvas del ilustre oido.

IV.

Virgilio las cantó: Polion nacia,
Y el estro, que entre dulce cantilena
El nombre de Amarílis repetia
Al bosque umbroso con campestre avena,
Dejando de Menálcas la porfía,
Con aliento mayor el eco atruena;
Y oyéndolo la vega de Cremóna,
Anhela, Esmirna, tu inmortal corona.

V.

Cantó (rasgando audaz el velo oscuro
Que tanto impenetrable al hombre aterra,
Y esconde un puerto á la Piedad seguro)
De pálido temor libre la tierra:
Los robles destilando nectar puro;
Y adornada de vides la alta sierra,
Cual de virtud los pechos y decoro,
Tornar en fin la bella edad de oro.

VI.

¡Ah! ¡cuánto se engañó! si enternecida
La Humanidad miraba al pie de Augusto,
Al canto la Discordia adormecida,
Cual un tiempo el guardian del Orco adusto;
A nueva lid la juventud convida,
Llorándolo las madres, Marte injusto;
Y el Mundo, en vez de la virgínea Astréa,
Miró temblando al Mónstruo de Capréa.

VII.

De entonces ¡cuánto horror! pronto Quirino
La planta vió del morador del Norte,
Pisando ruda el esplendor latino:
Mahomet guió su bárbara cohorte;
Y noche de ignorancia sobrevino:
Mas Dios, que porque el débil se conforte,
El Iris pinta, cuando el trueno brama,
Enmedio de mil mundos así clama:

VIII.

«Nacerá, *dice*, la Salud: el trono,
 Do entre ilustres castillos y leones,
 Ha luengos siglos la piedad coronó;
 Dará timbres y dicha á las Naciones:
 No empero lauros de marcial encono
 A un Alejandro audáz serán blasones;
 La Paz universal, fecunda en bienes,
 De otra ISABEL adornará las sienes.»

IX.

Habló el Eterno Ser; y estremecido
 En su sólida base el Firmamento,
 Prestaba aun en silencio humilde oído;
 Y escuchábase, en vez del sacro acento,
 De los robustos ejes el ruído,
 Que dan á inmensos Soles movimiento;
 O el carro armonioso de las Horas,
 Que acercaba tan plácidas auroras.

X.

No ansió mas de Noé la raza pia
Aun no enjuto el olivo floreciente,
Cuando al ceño de Dios airado hundia,
Bramando el mar, la tierra delincuente:
Ni el náufrago en la noche el claro día;
Que el Mundo deslustrada la alta frente,
Con la huella feroz del esterminio,
Anhelaba cumplirse el Vaticinio.

XI.

«Ven (clamaba en acento resonante
Del yerto suelo de Groelandia albina,
Al que baña entre conchas y oro Atlante),
Ven á nosotros, ISABEL divina,
Que si de injusto siempre y arrogante
Al benéfico don, se me acrimina;
Tu Deidad, menos rudo, haré que adore,
Cuanto circunde el mar, y la luz dore.

XII.

«Y á tus plantas postradas las Naciones
 Del Aquilon al Austro mas remotas,
 Tributaráte el Asia, rica en dones,
 Y América en metal, cargadas flotas:
 Palmas te dará el Africa y lecciones
 En soberbias pirámides ya rotas:
 Mientras Europa, la mansion del canto,
 Entonará á ISABEL el himno santo.

XIII.

«Tiempos volad» el Orbe asi decia:
 Mas ¿qué, veloz girando, no se enciende
 De las horas la rueda? ¿nuestro dia
 Sucesos de cien siglos no comprende?
 ¿A qué tal rapidez? la tierra umbría,
 Si del dedo de Dios inmenso pende;
 ¿Será que de su fuerza abandonada
 A hundirse torne en la insondable nada?

XIV.

¡Ah! no.... celestes tonos á la lira,
 Musas, dictad; y en cánticos resuene
 Plácida gratitud, que el alma inspira:
 Blanco pendon tremola: alto Pirene
 Del bronce al trueno, que bramando gira,
 Do firme el trono godo se sostiene,
 Saluda á Calpe con nervuda diestra,
 Y á ISABEL en su albor á España muestra.

XV.

¡Cuán linda! ¡cuán gentil! ¡al Sol cercana
 Vísteis la estrella, que con lumbre pura
 De la tarde el azul manto engalana,
 Y otra Aurora feliz nos asegura?
 Tal cerca de la Augusta Madre ufana
 Paréceme la bella criatura,
 Al bañar en sonrisa encantadora
 El puro labio, que el carmin colora.

XVI.

Miradla como en la serena frente,
 Do imprime ya la Magestad su sello,
 Aun no de la Diadéma el peso siente
 Apenas el primer áureo cabello:
 Semejante al jazmin, que al Sol naciente,
 Rico en aromas, muéstrase mas bello;
 Como la abeja al caliz de la rosa,
 Lazada al seno maternal reposa.

XVII.

Alli la vió la Paz; y descendiendo
 Del Olimpo, á do tímida huyó un dia
 De la Titania estirpe el ronco estruendo,
 «Ya soy vuestra, mortales» *repetia*:
 «Al nacer ISABELA, Marte horrendo
 En férreo carro, que el furor regia,
 Al negro Averno hundióse despeñado;
 Y á cien cadenas hoy bramará atado,

XVIII.

«Que no ya del laurel aborrecido,
Al rendirle temblando su tributo,
En cara sangre acaso enrojecido,
Vereis á tanta esposa vestir luto:
Ni el pecho, ahogando tímido el gemido,
Fingirá risa el rostro mal enjuto:
Si á alguno encanta aun Marengo y Jena,
Medita bajo un sáuce en Santa Helena.

XIX.

«Y generoso el ánimo inflamado,
Con mas noble ambicion á la árdua empresa,
Instruya al labrador; y al seco prado
Difunda el rio en espumante presa:
Pueblo de vid y olivos el collado,
O de útil planta la erial dehésa;
Y alumno digno el Orbe le apellide
De Jovino, de Pen y de Olavide.

XX.

«O surque el hondo mar: no entre cadenas
 De su hogar arrancando el triste isleño,
 A dar cultivo á márgenes ajenas,
 Que no es el hombre ya del hombre dueño;
 Sino á ilustrar al mundo: tus arenas
 Verán ¡oh Ganges! abrazar risueño
 Al Paria, antes tan vil, el Bracman grave;
 Y seguir de Jesus la ley suave.

XXI.

«La Union, la Caridad, que bella esmalta
 Las virtudes de angélicos matices,
 Y compasiva suple el que les falta,
 Cerrarán del furor las cicatrices;
 Y de los odios, que la envidia exalta,
 Arrancando los hombres las raices,
 Cual de Eden en la orilla primitiva,
 Sencillos clamarán: ¡ISABEL viva!

XXII.

«¡Salve, salve, ISABEL! tu nombre llena
 Los anales del Mundo de alta gloria:
 Si en los prados del Támesis aun suena,
 Del Húngaro da timbres á la historia;
 Mientras España, al recordar la almena
 De la morisca Alhambra, ó la memoria
 Que ha poco dictó á un Vate tierno lloro;
 Siempre aclamó en tu nombre su decoro.

XXIII.

«Hoy lo repetirá: que el Solio hesperio
 Si al eco de los bélicos clarines,
 Emulando al del Sol, llevó su imperio
 Del Mundo absorto un tiempo á los confines;
 Ya que tu luz el célico hemisferio
 Orna, mas que del Alba los carmines,
 De ocaso á las regiones de la Aurora,
 Del Mundo por amor serás Señora.

XXIV.

«Del Mundo, sí, que ansioso ya prepara
 Su cetro Soberano á tus virtudes,
 Que en vano la Ambicion tanto anhelara:
 Y no porque en sangrienta lid le ayudes,
 Pues de sangre será la tierra avara;
 Mas porque del Error sábia le escudes,
 Y le instruyás, le animes, le des leyes,
 Y aun niña seas Nestor de sus Reyes.»

XXV.

Calló la Paz, á tiempo que posando
 Junto á la Regia cuna el raudo vuelo,
 Muy mas que del favonio el soplo blando
 Era su voz celeste grata al suelo:
 Escuchóla CRISTINA atenta, y cuando,
 Alivio dulce del materno anhelo,
 En fausto porvenir la mente engrie,
 La Niña ya la fija y se sonrie.

Mas ¡ah! del gran FERNANDO repetido
En el rostro infantil ¿qué sábio Apeles
Dará á la gloria digno colorido?
Ensayen á ISABELA los pinceles,
De CRISTINA en el seno enternecido,
Jugando con el cetro y los laureles:
Al darla el beso el Padre Soberano,
Enmudece la lira en ruda mano.

